

Ana la profetisa: La vejez no es un obstáculo para ser usado por Dios

Hoy vamos a conocer la vida de una mujer que aparece en tan solo unos versículos de la Biblia, pero cuyo testimonio es tan poderoso que sigue hablándonos hasta el día de hoy. Se trata de **Ana la profetisa**.

Vamos a leer juntos en el Evangelio de Lucas, capítulo 2, versículos 36 al 38:

“Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser; de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones.

Y ésta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.”

Para comprender la grandeza de esta mujer, necesitamos detenernos un poco en su contexto.

Ana era **profetisa**, es decir, tenía un ministerio espiritual de discernimiento y proclamación. No era común en Israel que se mencionaran a mujeres profetisas, pero la Biblia recuerda a algunas: Miriam, Débora, Hulda... y ahora Ana. Esto ya nos dice algo: **Dios no se limita a lo que la cultura espera; Él levanta a quien quiere levantar.**

La Biblia nos dice que Ana era hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Ahora, esto es significativo: la tribu de Aser había sido una de las tribus del norte de Israel, pero con el paso

de los siglos, tras el exilio, perdió relevancia y fue casi olvidada. Sin embargo, de esa tribu poco mencionada, Dios levanta a una mujer que sería protagonista en la revelación del Mesías. **¡Lo que para el mundo está olvidado, para Dios sigue siendo precioso!**

Ana también fue **viuda desde muy joven**. Se casó, pero solo vivió siete años con su esposo. En aquel tiempo, la viudez significaba vulnerabilidad y pobreza. Muchas viudas quedaban a merced de la ayuda de otros. Sin embargo, en vez de dejarse consumir por la amargura o la tristeza, Ana tomó una decisión radical: dedicó su vida al Señor. Pasaba sus días en el templo, sirviendo, ayunando, orando.

Y además, ya era **anciana**, de más de 80 años. En una cultura que valoraba más la fuerza de la juventud, Dios escogió a esta mujer anciana como mensajera profética de Cristo.

No olvidemos otro detalle: Israel había vivido **400 años de silencio profético** desde el profeta Malaquías hasta el nacimiento de Jesús. ¡Cuatro siglos sin una voz profética reconocida! Y Dios eligió a dos ancianos, Simeón y Ana, para romper ese silencio y proclamar la llegada del Mesías.

Queridos lectores, aquí ya hay una enseñanza poderosa:

- Dios honra la fidelidad a lo largo del tiempo.
- La vejez no es un obstáculo para ser usado por Dios.
- Cuando la sociedad ya no espera nada de ti, Dios puede usarte como Su testigo más poderoso.

Vivimos en una época en la que muchas veces se valora lo joven, lo rápido, lo inmediato. Parece que, cuando alguien llega a cierta edad, la sociedad lo relega, como si ya no tuviera nada más que aportar.

Pero la historia de Ana nos dice lo contrario: la experiencia, la fidelidad, las oraciones constantes, son un tesoro para el

Reino de Dios.

Piensa en esto: Ana no predicaba en grandes escenarios, no escribía libros, no tenía redes sociales, ni multitudes a su alrededor. Su ministerio era aparentemente invisible: **orar, ayunar, esperar, ser fiel**. Pero en ese ministerio silencioso, Dios le confió uno de los privilegios más grandes de la historia: ser testigo y anunciadora del nacimiento de Cristo.

Si quieres ser usado por Dios, sin importar tu edad o condición, haz como Ana:

1. Mantente fiel en la oración

Ana pasaba **día y noche en oración**. No era una oración improvisada, ni solo por obligación; era una comunicación constante con Dios, un diálogo de amor y espera. La oración era su fuerza, su sostén, su conexión con el propósito de Dios.

Enseñanza clave:

La fidelidad en la oración no depende de resultados inmediatos ni de la visibilidad de nuestros actos. Dios escucha lo que nadie más ve y obra en silencio. Cada minuto dedicado a hablar con Él construye tu fortaleza espiritual y tu sensibilidad para reconocer Su obra.

Aplicación práctica hoy:

- Establece un horario diario de oración, aunque sean cinco o diez minutos.
- Mantén un diario de oración para registrar peticiones y respuestas.
- Ora específicamente por alguien que necesite consuelo, dirección o fe.

2. Haz del templo –o de tu lugar de encuentro con Dios– tu refugio diario

Ana no se apartaba del templo. Ese lugar era su refugio, su escuela, su santuario. Para ella, el templo representaba presencia de Dios, y cada momento allí era inversión espiritual. No importaba la multitud ni la rutina, ella estaba allí con un corazón expectante.

Ejemplo actual:

Tal vez no tengas un templo físico cercano, pero tu hogar puede ser tu santuario. Puede ser una habitación, un rincón con tu Biblia y una silla donde puedas orar, leer y meditar cada día. Así como Ana, tu lugar de encuentro con Dios se convierte en fuente de fortaleza y claridad espiritual.

Enseñanza clave:

No es el lugar lo que importa, sino la constancia y la disposición del corazón. Dios habita donde hay fidelidad y entrega. Mantener un espacio de conexión con Él fortalece la fe y te prepara para reconocer Su acción en la vida cotidiana.

Aplicación práctica hoy:

- Escoge un lugar tranquilo en tu casa y hazlo tu punto de encuentro diario con Dios.
- Dedicar allí tiempo para leer la Biblia, orar y meditar en Su Palabra.
- Haz de ese espacio un lugar donde lleves tus preocupaciones y alegrías a Dios.

3. No dejes que las pérdidas te definan; entrégalas a Dios para que Él las convierta en misión

Ana sufrió la viudez y la soledad, pero no permitió que esas pérdidas definieran su vida. En lugar de hundirse en la amargura, entregó su dolor a Dios y lo convirtió en servicio, oración y testimonio. Su pérdida se transformó en misión.

Enseñanza clave:

Dios puede usar tus heridas y pérdidas como herramientas para ministrar a otros. Cada dolor puede ser semilla de compasión, de oración efectiva y de testimonio transformador. Nadie es inútil, incluso después de una pérdida profunda.

Aplicación práctica hoy:

- Toma un momento para escribir o hablar sobre tu pérdida, entregándola a Dios en oración.
- Busca una forma de ayudar a alguien que atraviesa un dolor similar, usando tu experiencia para consolarlo.
- Recuerda que tu fidelidad y servicio pueden ser fruto de tus pruebas, no a pesar de ellas.

Hoy puedes empezar con un simple acto: **ora por alguien en específico**. Pídele al Señor que te ponga en el corazón a una persona, un joven, un familiar, alguien de tu comunidad, y empieza a interceder por él o por ella. Ese puede ser el inicio de un ministerio silencioso pero eterno.

Ejemplos de hoy

Quiero contarte la historia de una mujer que, como Ana, parecía “invisible” a los ojos del mundo, pero que Dios usó poderosamente: **Corrie ten Boom**.

Corrie nació en Holanda en 1892, en una familia cristiana humilde. Durante la Segunda Guerra Mundial, ella y su familia escondieron a judíos perseguidos por los nazis en su propia casa. Por esa valentía, fueron arrestados y llevados a campos de concentración. Allí, Corrie perdió a su padre y a su hermana Betsie. Imagínate: anciana ya, en medio de uno de los infiernos más oscuros de la historia, sufriendo pérdidas terribles.

Y, sin embargo, en ese lugar de dolor, Corrie aprendió lecciones de fe que marcarían su vida. Su hermana Betsie le

repetía una frase:

“No hay pozo tan profundo que el amor de Dios no sea aún más profundo.”

Esa verdad la sostuvo, y cuando fue liberada del campo, Corrie ya tenía más de 50 años. Muchos pensarían que una mujer de esa edad, marcada por tanto dolor, ya no tendría mucho por delante. Pero Dios tenía otro plan.

Corrie comenzó a viajar por el mundo contando su testimonio. Escribió su famoso libro *El Refugio Secreto*, que inspiró a millones. Y lo más impresionante: ya de mayor, en sus 70 y 80 años, siguió compartiendo, consolando a perseguidos, hablando del perdón de Cristo incluso a exsoldados nazis.

Un día, después de predicar sobre el perdón en Alemania, un exguardia del campo de concentración donde murió su hermana se le acercó. Le pidió perdón. Corrie sintió que no podía hacerlo... pero en oración le pidió ayuda a Dios, y finalmente estrechó la mano de aquel hombre. Ese acto de perdón, fruto de una anciana marcada por la gracia, fue testimonio vivo de Cristo.

Cuando te sientes inútil

Querido lector, quizá hoy tú sientes que ya no sirves. Quizá la edad, la enfermedad, las circunstancias de la vida te han hecho pensar: “¿De qué valen mis esfuerzos? ¿De qué sirve lo que hago?”

Permíteme decirte algo: **Dios nunca deja de contar contigo.**
La Biblia dice en 1 Corintios 15:58:

“Vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”

Si nadie más lo ve, Dios lo ve. Si nadie más lo reconoce, Dios lo reconoce. Y al final, eso es lo que importa.

Ana parecía invisible para muchos, pero Dios la hizo

protagonista de un momento eterno.

Oración final

“Señor, gracias por el ejemplo de Ana la profetisa y otros ejemplos de la historia, por recordarnos que nunca es tarde para servirte, que nuestros años y nuestras cicatrices pueden convertirse en ofrenda para Ti. Ayúdanos a ser fieles en lo pequeño, constantes en la oración, y sensibles a Tu voz como lo fue ella.

Te pedimos por aquellos que hoy se sienten inútiles, olvidados o sin valor. Recuérdales que Tú cuentas con ellos, que cada oración, cada lágrima, cada gesto de fidelidad, es valioso en Tus manos.

Haznos, como Ana, testigos vivos de Cristo en nuestro tiempo. En el nombre de Jesús. Amén.”

Reflexión por Elvin Coaker.